

# La herencia del tío Filemón

## I

Desde chiquilín, don Macario Bengochea había hecho malestas con sus actividades, distribuyendo por peso igual, de un lado el trabajo y del otro las diversiones.

A un hombre que es hombre, y más aún si ese hombre es un gaucho, no le debe asquear ninguna labor, así fuese más pesada que un toro padre y más peligrosa que galopar por el campo en una de esas noches en que el cielo se entretiene en plantar rayos sobre la tierra.

Si el deber ordena pasar cuarenta y ocho horas sin apearse del caballo, sin comer y sin dormir, calado por la lluvia, amaratado por el frío, se aguanta; y á cada vez que el hambre, el sueño, el cansancio, se presentan con ánimo de interrumpir la tarea, se les pega un chirlazo, como á perro importuno, di-diéndole:

—Ladiate che, que pa pintar una rodada, sobra con los tacuruces del campo y los aujeros del camino!...

Más, cuando los clarines tocan rancho, hay que llenar la panza, con lo mucho y lo mejor, empujando hasta donde quepa, como quien hace chorizos, apretando hasta que no quede gota de suero, como quien amasa queso.

Y cuando tocan á divertirse, en el armonioso bullicio del baile ó de las carreras, ó en el silencio de las carpetas y los velorios, sin preocuparse de aflojarles la cincha á los pingos de la imaginación y el sentimiento... ;A galope tendido por el amplio y liso camino real de los placeres, con absoluta despreocupación de cuanto va quedando detrás de las ancas del caballo!...

El lo exponía en su parla gráfica:

—La vida, pa ser linda, y ser como debe ser, ha de tener comparancia con las *yapas* de las riendas: entre argolla y argolla un *corredor*.

Así fué en el transcurso de muchos años, manteniendo siempre en equilibrio prudente las dos alas de la alforja.

Más, al transponer la portera de los cincuenta, empezó á romperse la armonía.

Del nacimiento hasta los veinte, los años marchan al tranco; de ahí hasta los cuarenta, trotean; y más p'adelante le meten galope tendido....

Hacía ya tiempo que don Macario vivía á galope á toda rienda. La sección trabajo quedó reducida al mínimum, y á medida que iba decreciendo, iba inflando la otra. En su casa, las fiestas se sucedían sin interrupción, no faltando nunca un pretexto para justificar el jolgorio. Todas las fiestas del calendario eran puestas á contribución, lo mismo que todos los aniversarios familiares y una multitud de acontecimientos, como la terminación de la esquila ó de las hierras, la doma del potro «firmado en una penca», el triunfo del potro, cuando triunfaba y el desagravio al potro por haber «perdido injustamente»....

El caso es que, como mínimum, una vez por semana, el gran horno se tragaba una carrada de espinillo, para dorar en sus entrañas el copioso amasijo, las tortas, los bizcochos y los lechones; en tanto al frente, otra carrada de coronilla fabricaba montañas de brazas para la larga y difícil operación de asar los «con cuero», y mientras en los fogones de la cocina, bramaban las ollas con los vientres llenos de gallinas destinadas al indispensable guisado con arroz.

Con semejante banqueteo continuo, todo el mundo estaba gordo en la Estancia del Pedernal. y de ahí que todos, siguiendo el ejemplo del patrón, consagraran al trabajo el menor tiempo posible. Después de un copioso almuerzo, sería una iniquidad privarle á un hombre de la larga siesta reparadora; y tras una noche de baile, juego y chupandina, inícuo sería obligar la peonada á montar á caballo ó ir á recorrer el campo.

Doña Tolentina, quien, contagiada con la glotonería de su esposo se había convertido en pesado ballenáceo, abandonaba la cama para desparramarse sobre su amplia y sólida mecedora, en la cual permanecía tomando mate hasta que llegase la hora de sentarse á la mesa.

Jovita, hija única del ventripotente matrimonio, sin poseer el caudal adiposo de sus genitores era, sin embargo, tan pere-

zosa como ellos. Para bailar y charlar con los mozos, era incansable; pero por natural consecuencia de ese derroche de energías, encontrábase durante todo el resto de la semana sin ánimo para hacer nada, ni siquiera del aseo y compostura de su persona.

¿Para qué lavarse, ni peinarse, ni engalanarse cuando en las pocas horas que permanecía fuera del lecho, sólo la veían los « viejos » y el personal de la casa ?

Hasta los peones y los gatos estaban gordos y siempre alíftos. Por eso los perros, despreocupándose de sus deberes policíacos, cuando no comían, dormían, y á cualquier hora del día ó de la noche podían acercarse al guarda patio, no ya un forastero silencioso y prudente, sino una banda numerosa y barullenta, sin que ellos llevasen el esfuerzo más allá de abrir un ojo y lanzar un gruñido.

Los gatos, por su parte, no interrumpían el plácido ronroreo ni aún cuando los ratones pasaran por sus narices ó brincaran sobre sus lomos. Como los ratones también estaban gordos, mostrábase igualmente alegres.

Los bueyes, que rara vez se uncián, y que cuando los uncián era para exigirles corta y liviana labor, competían en gordura y gallardía, con los caballos de la tropilla del servicio, tan deshabituados al trabajo, que cada vez que los ensillaban, todos hasta los matungos de carretilla mora y dientes en horqueta, sentíanse potros y nunca fallaban en hinchar el lomo y dar unos corcobos inofensivos al iniciar la marcha.

## II

En la amplia sala, donde cuatro lámparas, á kerosene compiten con veinte velas de sebo, no á quien de más luz, pero sí á quien produce más y más apestoso tufo, la alegría crepita como un paquete de cohetes chinescos. Ríen las *primas*, lloran las *bordonas*, acompañadas por el ruido acompasado de los pasos de los danzantes y hay murmullos que semejan el pintado aletear del picaflor, y hay risas trinadas que recuerdan la salutación de las calandrias, en la umbría de la selva al día que nace.

El baile está en su apogeo y don Macario no cabe en sí de satisfacción.

— ¡ Ansina me gusta ver retozar la mozada; y si no juese

porque me pesa mucho el mondongo, ya me le había prendido á este chotís que m'está haciendo cosquillas en las tabas!....

—Rieuerdo qu'en un tiempo usté era más bailarín que un trompo,—notició un viejo gaucho adulator.

¡Como un trompo silbador que desparramaba las parejas, abriendo cancha pa si solo!.... ¡A ver, mulata!.... alcansale la limeta á mi compadre Ramón!.... ¿Quiere pitar compadre?....

En el más solitario y obscuro rincón de la sala, Gorgonio permanecía de pié, con el hombro apoyado al muro, los brazos caídos á lo largo del cuerpo, inclinada sobre el pecho la cabeza y con visible expresión de amargura y de tristeza en el semblante.

Entre aquella apiñada muchedumbre sólo había una persona que le interesara, su prima Jovita; y Jovita, ora en brazos de un galán, ora en los de otros, pasaba y repasaba junto á él, empujándolo á veces en los giros de la danza, sin mirarlo, sin advertirlo.... ¡y era su novia!....

Cinco ó seis veces había ido á «sacarla» y en todas recibió idéntica respuesta:

—Pa esta estoy comprometida

—¿Y pa la que viene?

—Creo que también.... dejame cumplir con los forasteros, que á vos te sobra tiempo!.... Además ya sabés que no conviene que tata maliséé nuestras rilaciones.... Pa mi gusto que la vieja ha olido algo.... Hasta luego....

Fué entonces cuando Gorgorio optó por irse á refugiar en el más obscuro rincón de la sala, para poder, sin mostrar á los demás la miseria de su sufrimiento, seguir contemplando á la ingrata adorada....

Extraño novio era él. Novio de entre semana, clandestino, considerado por Jovita como un vicio inconfesable, algo así como la camaradería de la niña de la casa con la sirvienta, camaradería que debe desaparecer en absoluto ante la presencia de las visitas; amistad igualitaria en la chismografía del fogón de la cocina, pero que no podía transponer las puertas de la sala, dentro la cual era forzoso poner ambiente entre las dos distanciadas categorías: la «niña» y la «piona».

Cruelmente herido en su cariño y en su orgullo, luchaba el mozo entre el deseo de marcharse indicado por el amor propio ofendido, y la orden de permanecer allí, dada por el torcedor de los celos.

Estaba á punto de triunfar el primer impulso en el instante que Jovita fué á pasar junto á él, dirigiéndose á las habitaciones interiores.

Tanta tristeza notó expresada en el rostro de Gorgonio que se sintió conmovida y se detuvo para decirle afectuosamente:

—Te reservo la primera polca que venga.

—¿Pa qué?—replicó él con amargura; pa qué, si ya veo que la plantita'e mi cariño se ha secado en tu corazón!...

Irritóse ella:

—Siempre has de hablar cosas bobas, siempre has de andar con ese aire triste de lechuzón y siempre has de andar llorando achaques y miserias como una vieja pedigüeña!...

—¡Por que te quiero!...

—También te quiero yo, y estoy contenta y me río y me divierto.

—Por que no sentís el verdadero querer.

—Si el verdadero querer obliga á estar siempre con cara de sepulturero y á pegarse las vistas con cáscara'e cebolla pa que s'enllenen de agua cuando una no tiene dengunas ganas de llorar, renunco al querer. Yo soy así.

—Yo desearía que jueses de otra laya.

—Vos me querés porque m'encontrás bonita, sempática, alegre, pero pretendés que sea bonita, sempática y alegre, sólo pa vos; pretendés que sea pa vos un silguero cantor, de linda pluma y saltarín, y pa los demás una lechuza cebruna, empaçada, muda.... Pensar ansina y querer ordeñar una mosca son locuras tocayas....

Gorgonio no encontró la réplica. Todo lo dicho por su prima parecióle falso, sofisticado, malo, pero en la cartuchera de su ingenio faltaba la munición para contestar con eficacia al ataque.

Hasta luego,—dijo ella; vení á sacarme en la primera polca. Y se fué.

El esperó.

Los guitarreros tocaron una mazurka, después un vals, á continuación una habanera; más adelante otro vals, y otra mazurka y otra habanera, y, por último, un pericón, cuyas variadas figuras prolongaron la fiesta hasta que la luz del nuevo día entró por puertas y ventanas, avergonzando á lámparas y velas.... Fatigados los «musiqueros» y los bailarines, terminó la jarana, sin haber dejado sitio para la polca que Gorgonio esperaba bailar con su novia.

Durante toda la noche, nadie, y su novia menos que nadie, se habían preocupado en lo mínimo de Gorgonio.

Y sin embargo, don Macario había tomado como pretexto de la «comilona» y la «tortulia», el onomástico de su sobrino Gorgonio!....

### III

Cuando el mozo regresó á su casa, ya el sol iba trepando la cuchilla del cielo. Aunque no había pegado los ojos en toda la noche, no hizo más que cambiarse las prendas domingueras por las habituales del trabajo, y echándose al hombro la azada se encaminó á la huerta y se puso á continuar la carpida del extenso sembrado de papas.

Sabía perfectamente que su padre no le reprocharía unas cuantas horas robadas al trabajo para satisfacer la necesidad juvenil de divertirse; pero ni su concepto del deber, ni el estado de su espíritu le permitían ir en busca de reposo.

Siempre había tenido por su austero padre el más respetuoso cariño y se esforzaba siempre y en todo en emularlo.

Eran dos camaradas. Don Filemón, cuantas veces tenía que referirse á su hijo lo designaba afectuosamente:

—Mi amigo Gorgonio....

Esa vez de Filemón prolongó más que de costumbre la «recorrida» del campito, entreteniéndose en curar las ovejas «abichadas», numerosas en aquella época. Llegó á la casa pasado el medio día. Se sentó á la mesa y ordenó á la vieja negra que acababa de llevar la fuente de puchero:

—Andá ver si Gorgonio se va levantar, ó si quiere que le lleven la comida al cuarto....

—El niño Gorgonio está trabajando en la chacra.

—¿Ya se levantó?

—No se acostó. Ansina que llegó del baile no hizo más que cambiars'e ropa y dir á carpir las papas... Ni mate quiso tomar. Yo le oferté: «¿Querés que te cebe unos amargos?....» Y él me respondió de esta laya: «Gracias, tia Juana; dimasiaos he tomao anoche».... Y se jué á trabajar. Ansina es, pué....

—Güeno, andá avisarle que la comida está en la mesa.

—Voy diendo,—respondió la negra; y luego, retrocediendo desde el umbral de la puerta agregó con aire misterioso.

—Mire, patrón: pa mí que al niño Gorgonio le paso algo.

Lo veo marchito y agachao como un pollo con moquillo.... Pa mí qu'es custión de náguas....

—Güeno!... Andá llamarlo, que la comida s'enfria; y no te metás en lo que no te importa!....

Asustada por aquella insólita violencia del patrón, la viejecita corrió hasta la puerta, pero antes de salir exclamó:

—Yo no me meto, patrón, porque yo soy una pobre negra vieja más redonda que argolla'e lazo.... Pero pa mí que al niño Gorgonio le pasa algo, y que usted debería meterse....

Pocos minutos después entró Gorgonio.

—Güenos días, tata.

—Güenos amigo Gorgonio.

El «amigo Gorgonio» móstrose singularmente triste y silencioso durante el almuerzo, á cuyo término don Filemón hablóle en esta forma:

—Amigo Gorgonio, hace tiempo que usted anda con un entripao muy grande al cual es preciso aplicarle una güena medicina; y usted no debió olvidar que los amigos son pa las ocasiones, y que mejor amigo que su padre, no ha'e tener en el mundo....

—Nada me pasa, tata,—tartamudeó el mozo.

—Tan grande es el pedazo'e pulpa que lo tiene atorao, que hasta l'obliga á mentir, á usted que siempre supo decir verdá!

—Hay cosas, tata, que no se deben decir.

—Hay cosas, hijo, que no se deben hacer, pero una vez hechas carece aguantarlas como varón: esconder una laera no es curarla.... Pero no perdamos tiempo al ñudo ¿Vos estás enamoraao de tu prima Jovita?

— ¡Hasta los caracuces, tata!....

—¿Y ella te cabrestea?

—Parece que sí, pero siempre me dice que hay que disimular, porque los viejos no serían conformes.

—¿Y se hacen el amor á escondidas? Lo desconozco, amigo Gorgonio. Yo le enseñé que un hombre honrao debe viajar siempre por el camino real y á la luz del día. Sólo quien tiene delito marcha escondido en el poncho negro'e la noche, cortando campos y maniendo alambracos. Y hay que tener vergüenza pa no hacer una mala acción, no pa empezarla.

Luego, suavizando el tono, el viejo prosiguió:

—Yo creo que mi sobrina no es la mujer que te conviene; pero como se que lo qu'el corazón elige la rifiesión no lo cam-

bea, hoy mesmo viá ver á mi hermano y le hablaré derecho viejo, como deben hablar los hombres.

Don Filemón era la antítesis, física y moral, de su hermano don Macario.

Era alto y flaco, serio, parco en todo. No fumaba, no bebía alcoholes, no frecuentaba las pulperías, no tuvo jamás un «parejero» y no conoció otras caricias femeninas que las de su esposa, muerta al dar á luz su único hijo, Gorgonio.

Su padre les dejó al morir muy reducida herencia: quinientas hectáreas de campo y unos pocos animalitos correspondieron á cada uno de los dos hermanos.

Don Macario, con más inclinaciones al placer, á la vida alegre, que el trabajo rudo y metódico, despilfarró en poco tiempo las tres cuartas partes de su modesto patrimonio.

Empero, su casamiento con Tolentina, una jamona poco agraciada pero poseedora de una hijuela respetable, lo convirtió, del sábado al domingo en acaudalado estanciero, mientras su hermano mayor proseguía en su vida laboriosa, cultivando por sí sólo su escasa heredad sin ningún progreso visible.

Tal era la situación respectiva de los dos hermanos, cuyas relaciones, dicho sea de paso, si siempre fueron cordiales nunca fueron íntimas, en virtud de la desigualdad de fortuna — cuando don Filemón fué á la Estancia del Pedernal en misión casamentera.

Llegó en mal momento. Don Macario era un hombre generalmente alegre y bondadoso; pero no convenía abordarle al siguiente día de una fiesta, pues el exceso de comidas y de alcoholes, poníanlo de un humor de perros. En la juerga de la víspera había ingerido, entre otras frioleras, medio lechón que «entavía l'estaba patiendo en la barriga», y una tal cantidad de vino y caña, que ya había concluído un barril de agua sin lograr extinguir el incendio que le devoraba las entrañas.

A las primeras palabras de don Filemón trató de evadirse proponiendo postergar la discusión del asunto; pero el otro con su terquedad de hombre metódico, habituado á hacer las cosas en su debido tiempo, insistió.

—Yo propongo. Vos decidís. Pa responder si ó no, no carece consulta de abogao.

—Güeno, ¡pues no!—fué la categórica contestación de don Macario, expresada con una violencia poco común en él.

Luego, intentando dulcificar la brutalidad de la negativa explicó:

— No puede ser, Filemón. Escuchame y verás que me asiste razón. Pa cuasi todos yo soy un hombre rico; pero la verdá es que tengo más deudas que capital, y no abrigo más esperanza'e salvarme como me salvé antes: haciéndole un güen casamiento á Jovita antes de que el pago se entere de qu'estoy partido pu'el eje.... ¿Es razón?

— Mirá que yo tengo algo que dejarle al muchacho.... Algo que no es tan poco....

— Pa vos, hermano:.... Pero no pa mi.

— Todo lo que vos podás dejarle,—agregó,—me lo fundo en dos comilonas!....

— ¿Última palabra?

— Yo no tengo más que una.

— ¿Y no te parece que sería justo consultar á Jovita?

— No me parece: ella hará lo que yo mande.

— Respeto tu parecer,—respondió don Filemón; y sin demostrarse agraviado se despidió de su hermano para ir á transmitir á Gorgonio el fracaso de su misión, que, por otro parte, él preveía.

El mozo escuchó con serena entereza el relato de la entrevista; y cuando el padre interrogole:

— ¿Que piensas hacer?—él contestó:

— Necesito hablar con ella. Si ella me quiere como yo la quiero, consentirá en ser mi compañera, pobres ó ricos, pese á quien pese. Si aliega las mismas razones de tío Macario, tendré la asiguranza de que he coloco mal mi cariño y trataré de salvar aunque más no sean las ganas.

— ¡Así hablan los hombres!—dijo el viejo poniendo su callosa mano sobre la cabeza del hijo; y en seguida, con augusta solemnidad, sentenció:

— Pero no olvidés que los hombres, los verdaderos hombres, están obligaos más que á decir lo que sienten, á cumplir lo que han dicho!....

## V

La entrevista de Gorgonio con su novia fué breve y decisiva.

— ¿Sabés lo que conversaron tata y tío Macario?

— Si; mama me contó todo, ordenándome que rompa mis re-

laciones con vos inmediatamente, por que nosotros, con juntar nuestras pobrezaas lo vamo á pasar pescando sapos en el arroyo'e la vida.

— ¿Vos decís eso?

— Jué mama que dijo que había dicho tata.

— Entonces vos pensás lo mesmo... Sin embargo tata dijo que el tenía su capitalito, y que á su muerte...

Sonriendo con cierta expresión despectiva, Jovita interrumpió:

— ¡La herencia del tío Filemón!... Una chacra, unos matungos viejos, una majadita que no habría de alcanzarnos para el consumo de tres meses... y algunos pocos pesos que tenga ahorraos!... Convencete Gorgonio; yo te quiero bien, pero la vida es la vida y los cuatro vintenes que pueda dejar tío Filemón, serán mucho pa ustedes, pero nada pa nosotros, acostumbraos á ser ricos.

Gorgonio que se había puesto densamente pálido, inquirió con voz breve y seca:

— De modo que... ¿hemos rompido?...

— Tiene que ser... Seguiremos siendo amiguitos;— y le tendió la mano que el mozo no se dignó tomar.

— Güeno, adíos, — dijo; que la suerte te dé el marido que merecés.

— Quien sabe, más adelante... — insinuó ella; y el respondió con tranquila firmeza:

— Un vale que se rompe ya no se paga jamás.

## VI

Tres años transcurrieron y don Macario había ido á media rienda por el camino de la ruina. Apremiado por los acreedores, conocida su verdadera situación, — que él había intentado ocultar multiplicando la frecuencia y la esplendidez de sus fiestas, — se encontraba ya al borde del abismo, cuando ocurrió el fallecimiento del tío Filemón. Jovita, agriada, herida en su amor propio, por el sucesivo abandono de parte de sus múltiples galanes de la época en que la creían un buen partido, empezó á juzgar menos despreciable la herencia del tío Filemón.

Sus padres compartían ese modo de pensar y los tres rivalizaron en esfuerzos para exteriorizar ante Gorgonio la pena que les causaba el infausto acontecimiento y las simpatías, el sincero cariño que le profesaban.

— Mi hermano Filemón no puede haber dejao gran cosa.... pero quien anda con el freno en la mano no desprecea el caballo que le regalan por que no le gusta el pelo.

Misia Tolentina asintió. Para ella cualquiera solución era aceptable, con tal que le permitiese proseguir su vida holgazana de perro gordo, sin otro ideal que comer y dormir.

Jovita, que en su alma poco sensible al amor, sentía, sino cariño, tampoco repulsión por su primo, se resignó también al remate modesto de su brillante ensueño matrimonial.

En suma: la herencia del tío Filemón era misérrima, pero las circunstancias imponían la obligación de aceptarla; y en esto estuvieron perfectamente concordes los tres miembros de la familia.

No consultaron á Gorgonio, dando por sentado que había de aceptar jubilosamente el honor y la satisfacción de casarse con su adorada prima.

Y se esperó el desarrollo de los acontecimientos, guardando discreta compostura.

Poco antes de fenecer, don Filemón había dicho á su hijo:

En la caja de latón qu'está en el fondo'el baúl, encontrarás tuito lo que te dejo: la propiedá del pedazo'e tierra que me dejó mi padre, y lo que hemos ido ahorrando con mi trabajo y el tuyo, amigo Gorgonio.

La familia de don Macario, que había escuchado esas palabras, no se movió de la casa.

Durante el velorio no abandonaron un momento la sala, y en la casa quedaron instalados hasta el segundo día de la inhumación de los restos.

— Hay que atender al pobre muchacho, canejo!.... ¡P'algo semos los parientes!....

Al tercer día, trás un ahnuerdo silencioso, casi lúgubre, don Macario llamó aparte á Gorgonio y le dijo paternalmente.

— Mirá muchacho.... Yo compriendo qu'estés abatatao.... Pero es mi deber aconsejarte, que pa eso soy tu tío y tengo esperencia.... El pobre Filemón ya se jué; aura hay que pensar en los vivos, porque por perra que sea la vida estamos condenados á vivirla.... Es tiempo que abrás la caja e'latón pa ver lo que te manda hacer tu finao padre, con respeto á sus bienes.

— Tiene razón, tío, —respondió Gorgonio y extrajo del baúl la caja de latón.

Poco pesaba. La abrieron. Sólo contenía papeles: los títulos de propiedad del campito; los certificados de los diversos animales adquiridos; los boletos de señal y de marca, y, finalmente, un sobre grande, dentro del cual había un documento prolijamente doblado y un papel garabateado por el viejo.

El Papel decía así:

«Amigo Gorgonio: Con nuestro trabajo hemos vivido, pobremente, pero sin pasar necesidades. Vos nunca me pedistes y yo nunca te rendí cuentas. Aura te las presiento. El papel qu' está abajo' esta esuela es el comprobante de un seguro de vida que yo hice hace veinte años. Cuando yo muera tendrás cincuenta mil pesos oro, con la presentación de ese papel. Te dejó una fortuna, amigo Gorgonio y sólo te pido que sepás emplearla bien, siendo siempre honrado y trabajador....»

—¡Cincuenta mil pesos!—exclamó entusiasmado don Macario.—Con esa suma podemos levantar las hipotecas del Pederal, vos te ponés al frente del establecimiento, y....

—Y una vez casado.... dijo misia Tolentina.

—¡Eso será lo primero!.... ¿No te parece, Jovita?

—Me parece.... es decir.... según le parezca á Gorgonio,—respondió la chica con fingida emoción.

El mozo secose las lágrimas que habían inundado sus ojos; y luego, con voz firme, enérgica, respondió:

—Sí. Lo primero ha'e ser casarme, formar un nido, pa no estar solo, sin un poste en que rascarse, sin una cría pa lamber, y pa probarle al viejo querido que no me olvido de lo que me dijo, cuando me dijo: «Los verdaderos hombres están obligaos, más que á decir lo que piensan, á cumplir lo que han dicho».

—Está bien eso.... Y como vos habías prometido casarte....

—Con la hija del Chacarero Gervasio, después que usté me negó la mano'e Jovita y Jovita se me ladió también, me caso, con Juana, la hija'el chacarero Gervasio, que me quiso sin saber que yo iba á recibir cincuenta mil pesos de herencia del finao mi padre.... Espero, tío Macario y tía Tolentina que ustedes sean mis padrinos de casamiento?....

Doña Tolentina y su hija quedaron mudas. Don Macario, venciendo la amargura causada por aquella decepción tan imprevista, dijo:

—¡Como no, sobrino! ¡Como no!.... ¡Y habrá que hacer una comilona y una fiesta machazas!... Yo m'encago d'eso!...

JAVIER DE VIANA.